



PALACIO DE LUXEMBURGO.

El palacio que representa este grabado ha tenido diversos nombres. Primero se le llamó palacio de Orleans, después de Luxemburgo, luego palacio del Directorio, en 1795; en 1800 palacio del Consulado; palacio del Senado conservador de 1804 á 1814, y después de esta época fué conocido con el nombre de palacio de la Cámara de los Pares, aunque generalmente se le llama palacio de Luxemburgo. Fué construido en 1613 por María de Médicis, regenta de Francia, después del asesinato de Enrique IV. Para su construcción sirvió de modelo el palacio Pitti de Florencia, residencia ordinaria del gran duque de Toscana, y es notable por su elegante arquitectura, su perfecta simetría y su solidez.

El principal cuerpo del edificio y sus otras partes ofrecen tres sistemas arquitectónicos; dórico, toscano y jónico. Cuatro grandes torres señalan los cuatro ángulos del palacio, habiéndose construido otras dos después de 1853, en cuya época se agrandó el edificio hacia la parte del jardín con el objeto de añadir un nuevo salon para las sesiones de la cámara, que la noble asamblea dedicó después á la reunion de los Pares.

El patio de entrada es de 120 metros de largo y 70 de ancho, y tiene la puerta principal por la calle de Tomnon; por las estremidades del costado tiene dos torres coronadas de estatuas y mostrando en cada uno de sus costados dos terraplenes paralelos que sirven de comunicacion entre las dos galerías.

Sobre el jardín se levanta la nueva torre del reloj, estando adornada en su parte superior de diez figuras alegóricas que representan la

Elocuencia, la Justicia, la Paciencia, la Guerra, la Armada y la Fuerza, con dos figuras de genios coronados por el reloj mismo.

La escalera principal se halla en el ala derecha del patio, y la adornan multitud de elegantes columnas que contienen trofeos y estatuas.

Para penetrar en los departamentos de la Cámara de los Pares se pasa por un salon de guardias ó de espera, y por el salon de los diputados para llegar al de las conferencias. A la espalda del sillón del presidente se ven los bustos de Turgot, D' Agnesseau, L' Hopital, Colbert, Mathieu, Molé, Malesherbes y Portalis, y alrededor de las tribunas las de los mariscales Massena, Lannes, Couvion de Saint Cyr y Mortier. El fresco es de Abel de Pujol, y las paredes del salon estan esculpidas sobre madera de encina. Las tribunas se hallan ricamente decoradas, y guardan completa armonía con el resto del salon, á cuyos lados estan la biblioteca de la Cámara y el salon real; este se halla decorado de tapicerías de Gobelins, y presenta un retrato de Luis Felipe, por Gerard.

Por el centro del patio del palacio está la entrada á los departamentos del gran referendario de la Cámara de los Pares. Se penetra por un vasto peristilo, á cuya derecha se ven los salones de recepcion, mientras que la izquierda muestra la capilla del palacio y los espléndidos y magníficos salones, que restaurados se conservan desde el tiempo de María de Médicis. En 1790 se hallaban ocupados por el conde Provenza, hasta que le echó de allí la revolucion. Las diferentes piezas de la Cámara han sido pintadas por Boussin; los cielos rasos por Rubens, y los embutidos son debidos á Felipe de Champagne.—Tambien se ven allí trabajos maestros de célebres pintores de nuestros dias; y Horacio Vernet, la Roche, Guerin, Court, Deveria y Roqueplan tienen en tan elegantes salones obras maestras que llaman la atencion de todo el mundo.

28 DE AGOSTO DE 1855.

LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

EL ARRABAL DE SANTA CRUZ.

La iglesia parroquial de *Santa Cruz*, de quien tomó nombre aquella parte del arrabal de Madrid, quieren también suponer los historiadores que fué primero ermita y luego beneficio rural con derecho parroquial desde el tiempo de los árabes, en la hipótesis (poco probable á nuestro entender) de estar entonces poblados de caserío aquellos sitios estramuros. Mas lo que se sabe de cierto es que después de la conquista por las armas cristianas, y á medida que la población se iba extendiendo en dirección al antiquísimo y venerando santuario de *Atocha*, la parroquialidad de Santa Cruz vino á ser la mas estensa de la nueva villa, como que llegaba á las puertas del *Sol*, de *Anton Martín* y de *la Latina*, hasta mediados del siglo XVI en que se fundó la de *San Sebastián*, y dividió con ella aquella estensa feligresía.—El templo antiguo de Santa Cruz puede decirse que apenas existe, pues á consecuencia de dos incendios, padecidos en 1620 y en 1765, fué necesario reedificarle en el de 1767, por cierto con poco gusto y ostentación. La torre, sin embargo, es anterior, aunque no la primitiva que había en esta parroquia, y era llamada *la atalaya de la corte*, así como la de *San Salvador la atalaya de la villa*. Aquella fué derribada por ruinosa en 1652, y se emprendió la obra de la nueva á costa del ayuntamiento y de los vecinos de la parroquia, la cual no llegó sin embargo á verse terminada hasta 1680, según muy por menor se expresa en el artículo *Madrid* del Diccionario del señor Madoz.—La altura de esta torre es de 144 pies, y hallándose en sitio bastante elevado, descuella sobre todas las demás de la población, aunque por su forma sencilla y sin ornato alguno sea por otro lado un objeto poco digno de llamar la atención del viajero que se acerca á la capital.—En esta parroquia están las piadosas y antiguas congregaciones de la Caridad y de la Paz, que asisten á los reos de muerte desde el momento que entran en la capilla de la cárcel, les acompañan al suplicio, y cuidan de su enterramiento, el cual se verificaba antiguamente, en esta parroquia el de los degollados, en *San Miguel* el de los dados garrote, y en *San Ginés* el de los ahorcados; celebrándose misas en la capilla de dichas congregaciones por el alma de aquellos desgraciados desde el momento en que les es notificada la sentencia, desde cuyo día se levanta en la esquina de la plazuela un altar con el crucifijo que ha de acompañarles al suplicio, fijándose á la puerta de la iglesia la *tablilla* de indulgencias concedidas á los fieles asistentes á aquellos sufrágios. También antes (y todavía lo hemos alcanzado á ver en este siglo) se recogían el Sábado de Ramos, por las mismas cofradías, las cabezas y miembros de dichos ajusticiados, que solían colocarse en los caminos públicos, y eran espuestas antes de darlas sepultura en el mismo cajón ó altar portátil de la plazuela: espectáculo por cierto bien repugnante, que por fortuna ha desaparecido de nuestras costumbres.

En la bajada de Santa Cruz, ó sea calle denominada de *los Esparteros*, en una rinconada que formaban las accesorias del convento de *San Felipe*, hubo antiguamente un recogimiento de donadas con el nombre de *San Esteban*, que le quedó luego al solar ó plazuela que mas adelante se apellidó también de *los Pájaros*, y hoy forma el ingreso de la nueva calle rota hasta la de la Paz, que lleva el nombre del inolvidable corregidor marqués viudo de *Pontejos*, así como la plazuela formada á su término, donde se ha trasladado la fuente de la Puerta del Sol y colocándose en ella el busto de aquel benemérito funcionario.—La calle de la Paz tomó el nombre de un hospital que fundó en ella la reina Doña Isabel de Valois, ó de la Paz, desgraciada esposa de Felipe II, en que se veneraba la imagen de Nuestra Señora bajo la misma advocación, que hoy está colocada en la parroquia de Santa Cruz. Dicho hospital pudo estar en el terreno de la casa de Postas, que sirve hoy para el Correo general (1).—La contigua calle (malamente llamada plazuela) de *la Leña*, así como la inmediata y principal de *las Carretas*, quieren decir que tomaron estos nombres á su formación ó regularización en principios del siglo XVI con motivo de las barricadas de leña y carreterías reunidas en aquellos sitios para su defensa

(1) Véanse los números anteriores.

(1) En una apreciable comunicación con que nos ha favorecido uno de nuestros lectores, se nos dice que la casa señalada con el número 52 nuevo y 51 viejo de la calle de Postas (que seguramente es antigua y debió tener un soportal como las de la plaza), fué la primera de postas ó correos que hubo en Madrid, de que le quedó nombre á la calle. Fué vinculada en principios del siglo XVII por Juan de Ávila, que la compró á la corona, y en el día pertenece, según creemos, á Don José Pardo Yuste. En los títulos de fundación se hace mención, según indica el amable comunicante, de la imagen de Nuestra Señora, que se halla colocada en un retablo en el portal de dicha casa, y á la cual conservan mucha devoción los vecinos de aquel barrio. Dicho lienzo de la Virgen parece que existió antes en la Plaza Mayor; pero adquirida por el fundador del mayorazgo, la espuso al público en el portal de su propia casa, que aun hoy es conocido todavía por el portal de la Virgen.

por los comuneros venidos de Segovia, que en unión con los de Madrid ofrecieron tan porfiada resistencia á las huestes del emperador.—En la rinconada de dicha plazuela de la Leña se labró á mediados del siglo XVII, y existe todavía aunque con otro destino, la casa *Aduana*, que sirvió para este objeto, hasta que en 1769 hizo construir Carlos III el nuevo y magnífico edificio de la calle de Alcalá, recibiendo desde entonces aquel otro viejo diversos destinos, ya para los archivos públicos, ya de cuartel de voluntarios realistas, ya de Escuela de caminos y canales, hasta que en 1830 le ocupó la junta, tribunal y *Bolsa de Comercio*, construyendo al efecto el salón central.

La calle de *Carretas*, hoy una de las principales de la villa, ofrece pocos recuerdos y carece de monumentos históricos. Los edificios públicos que la decoran, tales como la casa de la estinguida *compañía de Filipinas*, la de la *Imprenta Nacional* y la de *Correos* (hoy *ministerio de la Gobernación*), son modernos, y en los solares que ocupan existieron anteriormente multitud de mezquinos casuchos, propios de los términos de un arrabal. Baste decir que la manzana que se segregó de las 205 y 206 para formar aislada la que constituye el edificio de Correos, construido en el reinado de Carlos III, comprendía unas treinta casas particulares, que fueron compradas para derribarlas y dar lugar á la nueva construcción.

El caserío general de esta calle es igualmente moderno y muy renovado, y sus apreciadísimas tiendas estuvieron exclusivamente dedicadas hasta hace pocos años al comercio de *librería*, y antes al gremio de *broqueleros*, con cuyos nombres de comercio fué también sucesivamente conocida esta calle; así como las contiguas callejuelas estrecha y ancha de *los Majaderitos*, tomaron aquel ridículo título del mazo que usaban los batibojas ó tiradores de oro que ocupaban dichas calles y solían apellidar el *majadero* ó *majaderito*. Posteriormente fueron habitadas por los famosos guitarreros de Madrid, y otros oficios no menos alegres y divertidos, hasta que renovado en nuestros días su caserío, y continuada una de ellas con el derribo del convento de la Victoria, han recibido los nombres de *Cádiz*, de *Barcelona* y de *Espoz y Mina*, y mas elegantes habitadores y comercios.

Aquel inmenso convento que con su iglesia, huerta y tahona ocupaba gran parte de la manzana 207, y ha dado lugar con su derribo, en 1836, al rompimiento de dicha nueva calle, al ensanche de la de la Victoria y á la construcción de las estensas casas de los señores Mariategui y Mateu, y al *pasaje* ó galería cubierta, denominada de *la Villa de Madrid* y otros brillantes edificios, había sido fundado en aquel sitio (confín entonces de la población) por el P. fray Juan de Victoria, provincial de los mínimos de San Francisco de Paula, con la protección del rey D. Felipe II, y en el mismo año de 1561 en que trasladó á Madrid la corte. Era muy poco notable bajo el aspecto artístico, y únicamente bajo el religioso por la gran devoción de los madrileños á la venerable imagen de *Nuestra Señora de la Soledad*, obra famosa del escultor Gaspar Becerra, que tenía su capilla contigua á la iglesia, y hoy se halla colocada en San Isidro el Real, la misma que sale en la solemne procesion del Santo entierro todos los Viernes Santos.—Frente á este monasterio, al otro lado de la *Carrera de San Gerónimo*, que entonces era un humilladero, se fundó con motivo de la gran peste en 1438 un hospital para la asistencia y cura de los contagiados, que un siglo después fué reedificado y convertido por el emperador Carlos V en *hospital real de corte* para soldados y empleados de la Real Casa, á que se añadió después la iglesia que se tituló del *Buen Suceso*, por la imagen de Nuestra Señora que se venera en su altar mayor.—Esta iglesia y hospital son solo notables por el sitio principal de Madrid que ocupan, y que tomó el nombre famoso (que hoy emblemática á la capital de España) de una imagen del sol que se pintó encima de la puerta de un castillo ó defensa construido en 1520 á consecuencia de las ya citadas revueltas de las comunidades, el cual debió estar delante del hospital del Buen Suceso, sirviendo de ingreso al arrabal, hasta que aumentada por aquella parte la población, fué demolido dicho castillo, dejando solo por memoria su poético nombre de *Puerta del Sol*.

Entre el modesto camino que flanqueado á la derecha por el ya citado convento de la Victoria y algun pobre caserío, y por su izquierda por las tapias del hospital del Buen Suceso y algunos huertos ó posesiones rurales contiguas á los *olivares* y *caños de Alcalá*, y la espléndida calle que con el nombre de *Carrera de San Gerónimo* conduce hoy desde el sitio central y mas animado de la corte á su primero y magnífico paseo y al sitio real del Buen Retiro, median siglos de distancia animados por muchas generaciones, sucesos y peripecias históricas, de que nos haremos cargo cuando después de haber consignado los límites del arrabal de la antigua villa (que es la tarea que por ahora nos hemos impuesto), regresemos al centro, y la consideremos ya bajo el aspecto de corte de la monarquía.

Dijimos en otro lugar que los historiadores que nos dejaron ligeramente indicados los términos de dicho arrabal apuntando la dirección que llevaba la tapia ó cerca que suponen, aunque sin marcar con pre-

cision su marcha ó desarrollo, dicen que desde la puerta del Sol (y comprendiendo por lo visto gran parte de la Carrera de San Gerónimo) torcía luego en escuadra á buscar la línea recta de la plazuela de Anton Martín, lo cual, caso de ser cierto (que no lo creemos por las razones que espesaremos á su tiempo), debió ser por detrás de la calle del Príncipe y plazuela de Matute, ó por entre las del Lobo y Baño á buscar la del León. Pero como tenemos motivos para sospechar que, si existió semejante cerca sin solución de continuidad entre la puerta del Sol y la de Anton Martín, sería únicamente en los primeros tiempos de la ampliación, y muy provisional y pasajera, pues no solo no se hace mención de ella en los títulos y documentos del siglo XVI, sino que consta ya la existencia de todas aquellas calles y de muchos de sus edificios, debemos suponer que dicha ampliación ó extensión del arrabal por aquel lado se fué verificando constante, aunque lentamente, y prescindiendo de cualquier obstáculo de cerca que le saliese al paso, y que evidentemente no existía ya á mediados del siglo XVI cuando se estableció en Madrid la corte.—Por lo tanto, y porque así también conviene á la claridad material de nuestra narración, seguiremos en nuestro paseo mental esta línea recta, suponiendo fuera de ella las calles ya citadas del Baño y del León, y comprendiendo únicamente las demás á la derecha entre la Carrera de San Gerónimo y la de Atocha.

Las primeras que se ofrecen á nuestra vista son las tituladas *del Lobo*, *del Príncipe* y *de la Cruz*, las cuales nos traen simultáneamente á la imaginación el recuerdo de las primeras representaciones escénicas en nuestra villa de Madrid, que con tanta copia de erudición y de crítica reseñó D. Casiano Pellicer en su conocida obra titulada *Tratado histórico de la comedia y del histrionismo en España*.—El origen indudable de la representación de comedias en Madrid es el que señala el mismo Pellicer; esto es, el privilegio concedido á la cofradía de la Sagrada Pasión de Nuestro Señor Jesucristo que tenía á su cargo algunos hospitales y recogimientos, y luego á la de Nuestra Señora de la Soledad que había fundado la casa de espósitos, para que pudiesen dar á su beneficio dichas representaciones en las casas ó sitios que señalasen. En su consecuencia, la primera ó de la Pasión, señaló para este objeto un corral que tenía en la *calle del Sol*, otro en la *del Príncipe*, propio de Isabel Pacheco, y otro en la misma calle perteneciente á N. Burguillos, cuyo corral se aplicó después á la cofradía de la Soledad: y consta que el miércoles 3 de mayo de 1568 entró á representar en el de la *Pacheca* el comediante Alonso Velazquez, y posteriormente en ambos por convenio de dichas cofradías.—En 1574 un comediante italiano llamado *Alberto Ganasa*, autor ó cabeza de una compañía que representaba farsas y hacía juegos de manos y volatines, contrató con las cofradías para que se le cubriese con tejados dicho corral (excepto el patio que quedó siempre al descubierto), y aquellos alquilaron y aderezaron para las otras compañías un nuevo corral en la calle del *Lobo* en la casa que pertenecía á Cristóbal de la Puente, hasta que mas adelante las mismas cofradías fabricaron sus teatros propios, el uno en la calle de la *Cruz* en 1579, y el otro en la *del Príncipe* en 1582, cesando entonces y deshaciendo el de la calle del *Lobo*.

Según las escrituras de compra de aquellos solares, consta que el primero «alindaba con el horno de Antonio Ventero y con el solar de Antonio Gonzalez Labrador, y por delante la calle pública que dicen de la Cruz donde es la cárcel que dicen de la Corona en la parroquia de Santa Cruz, y que fué comprado en 350 ducados; y el segundo ó *del Príncipe* propio del doctor Alaba de Ibarra, médico de Felipe II, eran dos casas y corrales contiguos al mencionado de la Pacheca, y tenían por linderos casas de Catalina Villanueva, de Lope de Vergara y del contador Pedro Calderon, y por delante la *dicha calle principal del Príncipe*,» y fueron vendidas en 800 ducados. En este se principiaron las representaciones en 21 de setiembre de 1583, y en el de la Cruz habían empezado anteriormente en 29 de noviembre de 1578.

La afición de los madrileños á las representaciones escénicas y los productos de los *corrales* (que este nombre conservaron los teatros) utilizados por las cofradías para los santos objetos de su instituto, fueron tales, que lo que en los primeros años representaba un beneficio líquido de 140 á 200 reales por representación, luego de contruidos los nuevos coliseos (cuyo sitio vemos que importó á las cofradías solo 1330 ducados) llegó al punto de arrendarse su usufructo por cuatro años desde 1629 á 1633 en la enorme suma de 114,400 ducados, que distribuían entre sí los diversos hospitales y hospicios, hasta que en 1638 se encargó de los teatros la villa de Madrid, consignando á aquellos establecimientos varios censos y subvenciones.

Poco ó nada podemos añadir á las infinitas y curiosas investigaciones que sobre este asunto consignó el erudito Pellicer en su ya citada obra, y únicamente diremos que por el registro de los títulos antiguos vemos que el corral arrendado en la calle del *Lobo* y casa propia de Cristóbal de la Puente, estaba en la señalada con el número 25 viejo, y 9 nuevo de dicha calle y manzana 218, que tiene de sitio 4089 piés, y fué privilegiada de aposento en 1589 por el *dicho la Puente*, y hoy pertenece al señor D. Vicente Pereda.—La casa de Isabel Pacheco

en la calle del Príncipe donde estaba el famoso corral apellidado de la *Pacheca*, ya hemos dicho que era contigua á la comprada por las cofradías al doctor Alaba de Ibarra para la construcción del nuevo coliseo, y quedó incluida en este, así como también lo fué después otra propia de D. Rodrigo de Herrera, que tenía una ventana que daba al corral, cuando la villa de Madrid reedificó y agrandó el teatro en 1745 hasta darle el espacio de 11,594 piés que hoy tiene, y sobre el cual se volvió á reedificar en 1806 bajo los planes y dirección del arquitecto Villanueva, por haberse quemado el anterior.—El otro de la calle de la *Cruz* (llamada así por un cerrillo que hubo antiguamente en aquel sitio sobre el que estaba colocada una cruz) fué también reedificado bajo las trazas, según existe en el día.—Los recuerdos histórico-literarios de aquellos dos antiguos *corrales* ó coliseos nos llevarían muy lejos, y son por lo demás bastante conocidos: solo diremos que en ambos indistintamente brillaron en su tiempo, al paso que en los suntuosos del Buen Retiro, de Palacio y de los sitios del Pardo y la Zarzuela, las populares musas de Lope de Vega, Tirso, Moreto y Calderon; que el primero sin embargo solía dar preferencia al de la Cruz, y también el monarca Felipe IV, tan aficionado á este espectáculo, al cual solía asistir de incógnito, entrando por la plazuela del Angel y casa contigua, hoy incorporada al mismo teatro, en la cual, según nuestras noticias, vivió el célebre poeta y abogado D. Gerónimo Villazán; en el mismo teatro representaba la famosa *Maria Calderon* y las no menos célebres *Amarilis* (Maria de Córdoba), y *Antandra* (Antonia Granados), las posteriores celebridades escénicas *Maria Ladrónomí* y *Maria del Rosario Fernandez (la Tirana)*, representaron casi siempre en el Príncipe. D. Rodrigo Calderon, el duque de Lerma y otros magnates preferían por el contrario asistir á este, donde tenían aposento con celosía.—En cuanto al recuerdo moderno de los bandos de *Chorizos* y *Polacos*, con cuyos nombres se designó á ambos teatros del Príncipe y de la Cruz á fines del siglo pasado, es demasiado conocido para que haya necesidad de reproducirle. Las preciosas comedias de Moratin, tituladas *El Viejo* y *la Niña*, y *El Café*, se representaron en el Príncipe, y las de *El Barón*, y *La Mojigata*, y *El Si de las Niñas*, en el de la Cruz.—Los eminentes actores *Rita Luna* é *Isidoro Mañiquez* trabajaron en un principio en ambos (aunque nunca llegaron á reunirse); pero últimamente aquella se fijó en la Cruz, y este lo hizo exclusivamente en el del Príncipe, que supo convertir desde principio del siglo en el favorito del pueblo madrileño.

No puede ser exacta la observación de que la calle del Príncipe recibiese este nombre con motivo del nacimiento en Madrid del príncipe D. Felipe (después Felipe III), ocurrido en 14 de Abril de 1578, ni aun de sus dos hermanos anteriores que murieron sin llegar á reinar, D. Fernando y D. Diego, que también habían nacido en Madrid en 1571 y 1575, porque ya vemos que anteriormente en 1568 se apellidaba ya *calle del Príncipe* la del Corral de la Pacheca; creemos por lo tanto que dicho nombre pudo aludir al príncipe D. Felipe II, en cuya juventud acaso se formaría dicha calle, ó tal vez, si esto se verificó antes, al príncipe D. Juan, hijo de los Reyes Católicos. Con esto queda también contestada la opinión de alguno que ha supuesto referirse el nombre de dicha calle al príncipe de Fez y de Marruecos *Muley Xequé* que no vino á España y recibió el bautismo hasta 1593, tomando el nombre de *D. Felipe de Africa* ó de Austria, y es mas conocido con el del *Príncipe Negro*. Este personaje vivió efectivamente en dicha calle en la casa que fué de Ruiz Lopez de Vega, y después del marqués de Ugena, que es la que da vuelta á la calle de las Huertas, y hoy reedificada pertenece á los condes de Saceda y lleva el número 40 nuevo. El sobrescrito de la carta de que habla el inmortal autor del Quijote en la *Adjunta al Parnaso*, dice: «Al Sr. Miguel de Cervantes Saavedra, en la calle de las Huertas frontero de las casas donde solía vivir el príncipe de Marruecos;» es decir que pudo habitar aquel ingenio las señaladas ahora con los números 6 al 10 nuevo.—Algo mas abajo, y conduciendo desde la calle del Príncipe hacia la plazuela de Anton Martín, está la plazoleta llamada de Matute, ó según algunos documentos *del Matute*, cuyo nombre hay motivo para creer que la quedó por la razón de que en ella y las huertas inmediatas á la puerta de Anton Martín se preparaban los contrabandos ó *matutes*.

Hasta el tiempo de la dominación francesa en los primeros años de este siglo, existió formando gran parte de la manzana 213, y prolongando las calles del Prado, de la Gorguera y de la Lechuga, el convento é iglesia de religiosas carmelitas descalzas de *santa Ana*, fundado por San Juan de la Cruz en 1586, en cuyo solar se formó en 1810 la *plazuela de Santa Ana* con árboles y una fuente en medio en que estuvo colocada algun tiempo la estatua en bronce de Carlos V, que existe en la galería de escultura del Museo.

Por este mismo tiempo creemos que se construyó bajo la dirección del arquitecto D. Silvestre Perez la bella casa palacio propia de los condes de Montijo y de Teba en el solar que hace esquina á dicha

plazuela y á la *del Angel* y fué anteriormente de los condes de Baños y de D. Pedro Velasco de Bracamonte.—En dicha *plazuela del Angel*, como al frente de esta casa, estuvo antiguamente formando una manzana aislada el oratorio y casa de PP. de *San Felipe Neri*, hasta que á la estincion de los Jesuitas en 1769 pasaron á la casa profesa de aquellos en la calle de Bordadores, y se demolió la suya, que daba lugar entre la calle del Prado y la de las Huertas á otra callejuela llamada *del Beso*.—La otra elegante casa de los condes de *Tepa* frontera á la de Montijo, con entradas tambien por las calles de San Sebastian y de Atocha, es uno de los mejores edificios particulares de principios de este siglo, y creemos fué como el palacio de Villahermosa obra del arquitecto D. Antonio Lopez Aguado.

La iglesia parroquial de *San Sebastian*, tan poco notable bajo el aspecto artistico como importante por su estendida y rica feligresia, ya dijimos que compartió esta con la de Santa Cruz cuando se construyó en 1530, tomando la advocacion de aquel santo mártir por una ermita dedicada al mismo que hubo mas abajo de la plazuela de Anton Martin. El cementerio contiguo á esta parroquia que daba á la calle de las Huertas y á la ya mencionada de *San Sebastian* (antes llamada *del Viento*) era uno de los padrones mas ignominiosos de la policia del antiguo Madrid, y así permaneció hasta la construccion de los cementerios extramuros en tiempo de los franceses. Recordamos todavia haber escuchado á nuestros padres la nauseabunda relacion de las famosas *mondas* ó estraccion de cadáveres que se verificaban periódicamente, en una de las cuales fuéron estraidos de la bóveda y confundidos y arrumbados con los demás, los preciosos restos del gran *Lope de Vega Carpio*, que yacian sepultados en ella en el segundo nicho del tercer orden, *no de la orden tercera*, como dice en algun documento, donde buscándole nosotros hace pocos años con el difunto cura de aquella parroquia, señor Quijana, hallamos la lápida que dice estar enterrada en aquel sitio la señora Doña N. Ramiro y Arcaño, hermana del vicario que fué de Madrid.

Este lamentable descuido, esta criminal profanacion (que nos priva ahora de mostrar á los extranjeros el sepulcro del *Fénix de los ingenios*) se cometia ya en pleno siglo XIX ó á fines del anterior, á la faz de una corte ilustrada y culta, y delante cabalmente de los distinguidos literatos y famosos poetas restauradores de las letras españolas, de los Moratines é Iriartes, Ayalas y Cadalsos, Cerdas, Rios, Ortigas, Llagunos, Estalas, Melendez y otros varios, y de los extranjeros Signorelli, Conti, Pizzi, Bernascone, los cuales desde el último cuarto del siglo anterior habian establecido una especie de liceo ó academia privada en una sala de la *fonda de San Sebastian* en la casa contigua á dicho cementerio (porque entonces no existia todavia la del conde de Tepa), apreciable reunion que duró en todo su esplendor hasta que desapareciendo poco á poco sus insignes fundadores, degeneró en manos de la mediania ó del pedantismo, y es evidente que el insigne Moratin, hijo, se refirió á ella y á sus principales concurrentes Comella, Cladera, Guerrero, Salanueva, Nifo y otros pseudo-poetas de la época, en la deliciosa sátira dramática titulada *La Comedia Nueva*, en que los retrató como pudiera decirse, con pelos y señales, bajo los nombres de *D. Eleuterio*, *D. Hermógenes*, *D. Serapio*, y hasta fijó la escena en el mismo *café del entresuelo*, haciendo figurar en ella al mozo *Agapito*, y emblematizando en él la buena fé del vulgo sándico é ignorante, bajo el gráfico nombre de *Pipí*.

R. DE MESONERO ROMANOS.

LA MADRE DEL MARINERO.

Yo me paseaba á la orilla del mar una tarde de otoño de 1840, creyéndome en el grandioso espectáculo de las aguas, aun fuertemente agitadas después de una tempestad terrible que habia durado el dia y la noche anterior.

Las olas que se sucedian sin interrupcion, venian á estrellarse á los peñascos, y deshechas en una blanca espuma, trepaban la alta escabrosidad del terreno, inundando los campos vecinos.

Recogido en mí mismo, y arrullado por el intenso rumor de los mares, tal vez buscaba mi mente el misterio de la creacion, que parecia revelarme aquella voz indefinible; porque recordando el Apocalipsis, sabia que la voz de Dios era semejante al ruido de muchas aguas.

Así preocupado mi espíritu, una voz humana, la voz dolorida del sufrimiento, vino á herir la delicada fibra de mi piedad, y volviendo los ojos á todos lados, ví á una muger desolada que fija la vista en la línea postrera de los mares, horizonte imperceptible, y en el cual parecian soldados con el cielo, diríase que trataba de lanzarse al Océano por buscar un objeto perdido en su inmensidad.

Aquella muger no lloraba: traspasada por el dolor y por la incer-

tidumbre, acaso no podia darse cuenta á sí misma de lo que sentia.

Yo me acerqué á ella con respeto, y preguntándole la causa de su angustia me dijo:

—Ayer ha salido mi hijo á acompañar algunas leguas un buque que se ha dado á la vela para América; debia haber vuelto ya; pero la tempestad que sobrevino, no sé si le habrá impedido hacerlo, ó si tal vez le ha sepultado entre las olas. Ignoro, señor, lo que me pasa; no sé si tengo esperanza de verle, ó si la desesperacion es conmigo; pero juro no abandonar este sitio antes de tener una certidumbre feliz ó desgraciada.

Una fuerza irresistible me hizo suspender mi paseo: cierto presentimiento funesto me hacia creermelo necesario al lado de aquella muger. No me engañé por desgracia.



Apenas habian trascurrido algunos momentos, cuando los restos de un barquichuelo aparecieron como otros tantos puntos sombríos en la agitada superficie del mar. Un timon flotaba á la derecha, un remo hacía el propio lado, mientras que algunos tablones figuraban á la izquierda.

Yo me cubrí los ojos con las manos.

Un grito penetrante lanzado por la desolada madre, me dejó petrificado.

Abrí los ojos. ¡Oh asombro! La madre se habia lanzado á la mar, dirigiéndose á un objeto cuyos perfiles negros se describian difícilmente, á capricho de la continua oscilacion de las olas.

Entonces, descendiendo tambien por las rocas, avanzo hacía la pobre muger, que desfalleciente, iba á sucumbir después de haber aprendido aquel objeto incierto.



Yo la arranco de la muerte, y la siento sobre un peñasco; allí la prodigo todos los recursos que tengo en mi mano para volverla en sí. Abre por fin los ojos.

Su mirada, vaga en los primeros momentos, se fijó en aquel objeto que habia conquistado al mar.

—¡Ah!... dijo con voz ahogada por los suspiros, ¡el cofrecillo de mi hijo!... Dios mio!... Dios mio!... ¡Es este el único resto que de él me queda en el mundo?... ¡Es este el correo que me anuncia su partida á la eternidad?

La pobre madre volvió á quedar desmayada.

Yo partí á la ciudad, y la trasporté á su casa, donde en vano la fueron prodigados los consuelos de la amistad y los remedios del arte.

La madre no pudo soportar la pérdida de su hijo; y pocos días después murió la infeliz en medio del mas espantoso delirio.

Yo no tengo desde entonces momento alguno de alegría: aquel sentimiento maternal incomparable; aquel dolor que no tiene semejante, enluta mi corazón. Ay!... nunca podré olvidar á la pobre madre que exhaló su vida en mi presencia, para buscar á su hijo en la eternidad!

LA SILLA DEL MARQUÉS.

NOVELA ORIGINAL.

PARTI PRIMERÁ.

(Continuación.)

Tal vez parezca estemporánea la ligera disertación que acabamos de hacer; mas no lo será cuando digamos que la inquietud del espíritu, el vacío en el corazón, y finalmente, la pérdida de la tranquilidad de la noble jóven que nos ocupa, era causada por la enfermedad llamada amor; enfermedad leve y de corta duración en lo general, pero eterna é incurable cuando se ceba en alguna de esas almas delicadas de que ya hemos hablado.

Eugenia era uno de estos seres destinados á sufrir; pues en el mundo el que no puede revestirse de la doble coraza del egoísmo y de la indiferencia, el que no se basta á sí mismo, el que cifra en otros la felicidad á que aspira, tiene que padecer, y padecer mucho, cualquiera que sea la escala de la sociedad en que le haya colocado la fortuna. Poética, novelesca, exaltada su imaginación primero en la soledad monástica, y después en la del campo, Eugenia se entregó á esas meditaciones ilusorias y ardientes, tan peligrosas en las jóvenes de talento y de corazón. Su padre, el marqués, noble anciano que adoraba á su hija, notaba en ella la falta de alegría propia de su edad: le admiraba el velo de melancolía que nublaba su semblante infantil, como le hubiera sorprendido si en un hermoso vaso de porcelana viese en vez de gayas y fragantes flores, mustias ramas de saúce ó de ciprés; pero juzgando sería efecto del aislamiento en que viviera, esperaba que el bullicio y los placeres de Madrid, donde pensaba pasar el próximo invierno, disiparían aquellas ligeras nubes de tristeza.

No obstante, Eugenia no era desdichada: habiendo pasado de repente desde el sombrío monasterio donde se educara á aquellos prados, bosques hermosos y pintorescos montañas, sintió abrirse su corazón á la alegría y á la libertad, como una flor guardada en un invernadero del rigor del frío abre su fragante seno á las primeras brisas del abril. A la vista de las praderas matizadas de flores, aspirando el aura de las montañas, gozando con delicia de los mil accidentes del sol riellando en las aguas, de las sombras estendiéndose por los bosques y de la luna argentando los oteros, los primeros días de su estancia en la quinta fueron en verdad muy felices y en los que no hizo sino ver y admirar. Posteriormente, á esta embriaguez infantil sucedió la inquietud del alma, que refiriéndose á Mario, ya hemos en parte definido: mas si en cierto modo perdió Eugenia la tranquilidad de la niñez, halló en compensación el placer de las ilusiones no realizadas, pero que se esperan con fe del corazón, y esa melancolía que hace sufrir dulcemente, como sufre una madre que por primera vez siente el fruto de su amor agitarse en sus entrañas: tristezas suaves y embriagadoras, mas dulces que la alegría, porque están sostenidas por la esperanza y no han pasado aun por las terribles pruebas del desengaño.

Eugenia era novelesca aun antes de haber leído novelas; no obstante, las pocas que habían penetrado en su convento eran de tal género, que la hicieron bostezar no bien leyó sus primeras páginas; mas luego que en la biblioteca de la quinta pudo escoger entre las mas brillantes flores de la literatura moderna, reunidas allí por su madre, siguió la manía de nuestro siglo, y se entregó con avidez á esas lecturas atractivas que aumentaron el fuego del amor sin objeto que ya abrasaba su alma.

Pero se nos dirá: el amor sin objeto ¿existe realmente, ó es solo una ficción del entendimiento, aborto de una imaginación delirante? Respondan por nosotros esos seres que pasan como sombras y mueren en su juventud sin que nadie comprenda la verdadera causa, á pesar de que un médico dice después: esa pobre criatura ha muerto de un cáncer en el estómago, de una tisis pulmonal ó de un aneurisma en el corazón.

VI.

Mario se instruye.

Dejamos á Mario en el momento en que Eugenia penetraba por la puerta de la verja que rodea la quinta.

Después de verla atravesar la calle de álamos que conduce hasta la puerta principal, y luego que disminuyó la lluvia, que nuestro héroe sufrió guarecido bajo un árbol, notó que el mismo criado que abrió la puerta de la verja á la hermosa niña se dirigió hácia la silla del marqués, y llegado que hubo registró aquel sitio con la mayor escrupulosidad.

Durante esta pesquisa, Mario, que conoció buscaba el libro que Eugenia había dejado olvidado, y que él tomó del asiento de piedra, tuvo intención de dárselo, comprendiendo que así debía hacerlo: mas por otra parte su curiosidad le impulsaba á lo contrario, haciéndole titubear, hasta que al fin venció esta y le retuvo en su poder, prometiéndose no obstante llevarle al castillo ó devolverle á su dueño por algun otro medio, no bien hubiera satisfecho sus deseos.

Tranquilizados sus escrúpulos con esta resolución, examinó el libro (que estaba primorosamente encuadernado) por dentro y fuera con la mayor atención, aunque infructuosamente, pues ya hemos dicho que no sabía leer: y esta fué la vez primera que comprendió el estado de abandono en que había vivido, y se avergonzó de su ignorancia, encaminándose á la montaña sumido en una profunda meditación.

No bien dejó sus provisiones al pastor, volvió á su casa, siempre preocupado y cabizbajo, y apenas llegó se presentó á Marciana y la dijo con tono resuelto estas solas palabras:

—Marciana, yo quiero aprender á leer.

La anciana le miró sorprendida, pues no sabía á qué causa achacar este repentino deseo de nuestro jóven; mas luego sintió una viva alegría, viendo que este se había anticipado á los suyos.

Largo tiempo hacía que el abandono é ignorancia de Mario turbaban la tranquilidad de la honrada aldeana, conociendo cuán poco apto era para los trabajos corporales, y el aislamiento completo en que quedaria después de su muerte, y muchas veces, una entre ellas el día en que le aconsejó fuese á T... quiso añadir algunas palabras respecto al porvenir de su querido hijo, como ella le llamaba; pero juzgando no ser tiempo todavía, ó mas bien temiendo disgustarle, lo suspendió hasta mejor ocasión.

Pasaron los días, meses y años, y Marciana no halló esta ocasión oportuna, ó mejor dicho, rehusó hallarla, puesto que á cualquier cosa á que dedicara al jóven la hubiera sido preciso separarse de él; con tanta mas razón, atendiendo á que Mario por nada en el mundo consentiría en volver al pueblo, y á que en cualquiera otra parte, además de esta separación, se originarían gastos que ella no estaba en estado de soportar. Algunas veces pensó en hablar á Justo sobre este punto, mas conoció sería en vano; primero por el deplorable estado de la casa, y luego porque aquel había dicho terminantemente que no se mezclaría en cosa alguna que atañese á su hijo; de modo que la anciana dejó pasar el tiempo sin resolverse á nada, tanto por debilidad, cuanto porque en cierto modo no podía hacer otra cosa; así es que cuando Mario formuló su deseo de una manera tan explícita, á par de sorpresa sintió una especie de satisfacción y desahogo como si se hallase aliviada de un enorme peso.

—Hijo mío, le contestó, el deseo que acabas de manifestarme me satisface demasiado para que yo no me apresure á colmarle. No obstante, para que así sea, tendrás que vencer tu repugnancia de volver al pueblo, puesto no somos bastante ricos para hacer venir aquí al maestro de escuela: aunque por otra parte, como este vive á la entrada del lugar, no te será costoso tan pequeño sacrificio.

Al decir estas palabras Marciana miró atentamente á nuestro jóven, esperando de su parte una rotunda negativa respecto á la última proposición, y vió con el mayor asombro que Mario bajaba la cabeza, aunque visiblemente contrariado, asintiendo con su silencio á las justas razones de la anciana, que encantada de su docilidad, le prometió que al día siguiente hablaría al maestro de escuela de T... como en efecto lo verificó, comprometiéndose á costear de sus ahorros los pequeños gastos de la educación de Mario, y no dejando de pensar en la causa que obligara al jóven á salir de su natural patria: si hubiera registrado el bolsillo de la chaqueta de este, hallara en él la clave de aquel enigma.

Mario pues asistió á la clase del maestro de escuela, el cual, habiendo conocido á poco tiempo su talento, y observado con gusto su aplicación, le cobró un particular cariño prometiéndose cultivar aquella privilegiada inteligencia.

El maestro era uno de esos hombres de talento, pero sin fortuna, que arrinconados en una aldea dejan al charlatanismo pavonearse en las ciudades. Aunque enseñaba primeras letras solamente, sus conoci-

mientos no se limitaban á este ramo de educacion. Versado en las lenguas clásicas, unia á una profunda erudicion un gusto literario esquisito, y á todos estos talentos, un espíritu recto, un corazon bondadoso y un carácter verdaderamente angelical. No se limitó á enseñar á Mario la lectura y escritura, sino que tambien le instruyó en la lengua latina, hallando compensados sus afanes, cuando leyendo juntos los autores clásicos, el discípulo hacia notar al preceptor bellezas que este no habia descubierto en ellos: no obstante, debemos decir en obsequio de la verdad, que si bien Mario se dedicó al estudio con asiduidad, alentado acaso por una vaga esperanza, en nada fueron tan notables sus progresos como en la lectura, pues á los seis primeros dias leia ya correctamente con asombro y satisfaccion de su maestro: el lector habrá adivinado la causa.

En efecto, el deseo vehemente de leer lo que Eugenia habia leído, hé aquí su verdadero estímulo. No bien estuvo en estado de conocer las letras, abrió el libro que hacia algunos dias guardaba como un tesoro, y aunque solo deletreando, le admiró ya la elegancia de su estilo. Sin embargo, hasta que pudo leer con facilidad y espresion no comprendió toda su belleza y armonia.

Este libro se titulaba *El Diabolo-Mundo*, y estaba escrito por Espronceda.

¡Con qué emocion leyó Mario los hermosos versos del elegante poeta! ¡Cuánta ternura, cuánta melancolia, cuánta suavidad encontró en ellos!.....

Además, á todos estos atractivos agregábase otro mas poderoso: ella, decia Mario, habrá pronunciado estas palabras y sentido lo mismo que yo... Aquí ha suspendido su lectura... ¿serán estos los versos que mas la agraden?... Si, no hay duda... veo una señal... Y el pobre jóven se perdía tambien en hondas meditaciones, causadas todas por un mismo objeto.

Creemos escusado decir que desde el dia en que vio á Eugenia por vez primera, exceptuando dos horas por mañana y tarde que asistia á la escuela de T..., nuestro héroe pasaba lo restante del dia en los alrededores de la quinta, esperando ver á la encantadora jóven cuando saliese á paseo; y aunque sus deseos no se verificaban con tanta frecuencia como él quisiera, vióla varias veces, bien á pié ó á caballo, subir á la montaña ó sentarse á leer en *La silla del marqués*; sitio al cual iba siempre sola, tanto por su proximidad á la quinta, cuanto porque engolfada unas veces en sus lecturas, y otras en sus deliquios juveniles, la presencia de un testigo la hubiera contrariado sobre manera.

VII.

Delirios de amor.

Mario en aquellos primeros dias no estaba en estado de comprender la inmensa distancia que de Eugenia le separaba. Jamás se habia detenido á meditar en los obstáculos que pudieran oponerse á su amor: bien es verdad que tampoco sabia si la nueva vida que comenzaba para él era efecto del amor ó de otra causa cualquiera. La pasion cuando nace es irreflexiva, se contenta con la vista del objeto amado... mas adelante aumentan los deseos y se suceden unos á otros, perdiendo cada vez una dulce ilusion.

Absorto en la contemplacion de su amada, olvidaba hasta su propia existencia, y fué tal su embriaguez en aquellos primeros dias, que puede asegurarse que el exceso de su dicha le hacia padecer. Gozó en efecto de inefables alegrías, porque ninguna idea siniestra turbaba su felicidad... pero esta felicidad le abrumaba... Si el espíritu mas escéptico, si el corazon mas gastado se estremecen á veces con las poderosas sensaciones del verdadero amor, ¿qué no sentiria aquel jóven de diez y siete años, de un temperamento de fuego, con una imaginacion primitiva y poética, que tanto tiempo habia acumulado en su corazon virgen de emociones, raudales de sentimiento próximos á desbordar y que ya no podia detener?

Sentado á veces é inmóvil mucho tiempo, abstraído en sus recuerdos, levantábase de improviso y corria al bosque como impulsado por una fuerza sobrenatural: silencioso otras y cabizbajo, prorumpia de repente en gritos de alegría: sus distracciones eran cada vez mas frecuentes, y á su indolencia natural sucedió una actividad extraordinaria. Cuando no estaba preocupado en sus meditaciones, durante las cuales á veces se sonreia, mas expansivo que nunca acariciaba á Marciana, hablaba con el pastor al tiempo de llevarle el almuerzo, jugaba con el perro del ganado, repetia los cantos de los leñadores, y en resolucion puede asegurarse que desde entonces comenzaba su vida.

Mario se levantaba como anteriormente al rayar el alba, mas no para vagar por el bosque triste y cabizbajo, mirando distraído las maravillas de la naturaleza, sino para respirar el ambiente con alegría, y atravesar la distancia que media desde su casa á la quinta, no en linea recta y por la senda mas corta, pues no esperaba ver á Euge-

nia tan temprano, sino haciendo largos rodeos, saltando las zanja, trepando á las colinas, y en fin, correteando como un noble potro que estuviera encerrado mucho tiempo. Durante esta travesía su alma se abria á las suaves impresiones del amor y la contemplacion... ¡Cuán bello le parecia el sol tiñendo de púrpura el hueco de los peñascos y las quebraduras del monte! ¡Con qué delicia aspiraba las emanaciones de las plantas! ¡Con cuánto placer infantil se acercaba al rio muy despacio para no espantar á las bandadas de gorriones que en sus olas se abrevaban! Ah! aquellos dias fueron los únicos felices de su vida.

¡Vosotros que aun no conoceis el amor, y tambien vosotras, almas infortunadas que lamentais el rigor de los desdenes, del olvido ó de la ausencia, venid á las ciudades populosas: aquí la lucha del espíritu con la materia, las punzantes sensaciones del orgullo y el bullicio de los placeres, atenuarán vuestra pena, ó harán que la olvideis para siempre; pero vosotros, amantes dichosos, que gozáis las dulces caricias de la pasion, corred á los bosques, á las montañas y á las praderas, y allí, sentados á la márgen de los rios ó en los lindes de los vallados, se aumentará vuestra ternura, y la voz de las aves del viento y de las ondas os inspirará cantos divinos con que embellecer el poema de vuestro amor.

Marciana notó con suma complacencia la mutacion del carácter de nuestro héroe, y entonces lo achacó á los efectos de la educacion que empezaba á recibir. Posteriormente se esplicó de otro modo este cambio... pero no anticipemos los sucesos. Desgraciadamente la dicha de Mario fué tan duradera como todas las dichas humanas, es decir, que acabó muy en breve. En las organizaciones poderosas, el amor al nacer produce por lo general, ó una excesiva alegría ó una tristeza profunda, segun la mayor ó menor cultura del entendimiento que le concibe, la distinta posicion ó los diversos obstáculos que se le oponen. Por lo regular á esa alegría sucede la tristeza, y á esta en su caso el consuelo que da la esperanza, ó la desesperacion que conduce al olvido. Mario, como es natural, sintió los efectos de esta ley casi universal, pero que tiene sus excepciones como todas las que afectan al corazon. Conforme el estudio y la meditacion esclarecian su inteligencia, sus percepciones se hacian mas distintas, se fijaban sus ideas, y el amor, siguiendo sus trámites regulares, acreció sus deseos que antes se limitaban á gozar de la vista del objeto amado.

Una circunstancia al parecer insignificante aumentó la inquietud vaga é indefinible que comenzaba á atormentar á nuestro adolescente. Un dia en que subió al desván de su casa, donde yacian amontonados varios muebles viejos destinados á ser quemados en el próximo invierno, abrió por casualidad un arca de madera en la que nunca habia reparado, y encontró en ella unos cuantos volúmenes carcomidos y empolvados que se apresuró á hojear con la mayor curiosidad. Por fortuna aquellos libros, que habian pertenecido á su madre, eran casi todos obras maestras en literatura; y decimos por fortuna, porque en ciertas inteligencias las primeras lecturas influyen poderosamente y se graban en ellas con caracteres indelebles, al modo que en una vasija nueva se conserva siempre el olor del primer licor que contuvo.

Un compendio de la historia de España por un autor anónimo, Atala, Corina, Memorias de las Cruzadas, una novela española, notable solamente por la melancolia de su estilo, y finalmente una coleccion de poesias francesas, antiguas, constituian aquella reducida biblioteca. Creémonos dispensados de nombrar los autores de las principales de estas obras, puesto gozan de una reputacion europea, y solo diremos cuatro palabras respecto de la última, por ser poco conocida, y muy raros sus ejemplares.

El que Mario halló era un libro en cuarto, lujosamente encuadernado é impreso. Los nombres de Francisco I, Inés de Sorel, Teobaldo, conde de Champaña, Clemente Marot y otros no menos poéticos y que hablan no menos á la imaginacion, leianse al pié de aquellos versos duros y poco correctos en lo general, y que apenas comprendió nuestro jóven, el cual no obstante halló mayor atractivo en considerar las hermosas láminas que adornaban aquel volúmen.

Estas por lo regular representaban dos de dichos personajes de distinto sexo, vestidos con el elegante traje de su época platicando ó cantando sus amores en frondosos terrados ó balcones góticos, desde donde se descubrían arboledas, rios plateados y paisajes pintorescos y encantadores: así es que luego que Mario hubo leído estas obras y algunas otras que le proporcionó el maestro de escuela y que le familiarizaron con las costumbres caballerescas, pasaba horas enteras admirando aquellas pinturas que halagaban los deseos de su corazon, esto es, el fausto de los salones, unido á la poesia de los campos, y trasportaban su imaginacion á las edades de los trovadores, de los torneos, de las cortes de amor; cuadro brillante que tanto contrasta con la monotonía de las épocas modernas.

Empero aunque felizmente no llegó entonces á sus manos alguna de esas producciones que envenenan al que las lee, sin embargo, hay en todas las lecturas que tratan del corazon y de las pasiones, por muy morales que sean, un contagio peligroso á las almas sensibles

Ayuntamiento de Madrid

tancia estriba precisamente el grande mérito de la sillería; pues aparte del trazado arquitectónico perfectamente entendido y ajustado al tipo clásico de la antigüedad, todo lo demás es variado y caprichoso como la naturaleza. De ahí la ocasión para ostentarse en todo su poder la inspiración artística. Quien así concibió una obra, debía poseer una imaginación sin límites, para la cual fuese mezquina y estrecha la amplitud del arte. Necesitaba el espacio, para moverse; quería vivir en la región de la idealidad, para dar vado á sus prodigiosas emanaciones, para soltar libremente sus deslumbrantes vuelos, y llegar, como el águila, á las esferas del éter y de la luz. Una medianía se hubiera perdido en ese camino sin término ni guía, renovando el emblemático mito de Faeton. Pero era un hijo privilegiado del arte, y cruzó el Océano desconocido, para conquistar en la remota y misteriosa ribera la corona olímpica de la posteridad.—La grave, la inmensa dificultad era combinar el arte con la fantasía, soltar el dique á esta sin profanar aquel. Este ensayo peligroso costó á mas de un artista la pérdida del gusto y el ridículo de los siglos. Mas para el verdadero número nada es imposible. Aquí tenemos el ejemplo. Aquí vemos la severidad académica del arte, en lo sistemático y esencial; y vemos al par, en los accidentes y la ornamentación de detalle, desplegar toda la fecundidad, ardor y poesía de la imaginación. No hay palabras para describir el efecto mágico que producen la amalgama feliz de dos elementos al parecer encontrados, y que el talento supo unir por uno de sus intuitivos misterios, por uno de esos supremos arranques que constituyen época, y forman una creación. Renunciamos á describir tan apacible impresión, como hemos renunciado, aunque con harto sentimiento, á dibujar el conjunto de la bellísima decoración. El lápiz se cae de las manos al contemplar la encantadora perspectiva, porque es pobre é insignificante para diseñar tanta riqueza y primor. La mano mas diestra naufraga en ese piélago de flores, cenefas, cintas y perfiles: el ojo mas analítico y perspicaz se ofusca ante el deslumbrante cuadro de tanta bazarria y esquisita profusión. Para trasladarle al papel sería preciso amenguarle, deslucirle, hacerle distinto de lo que es. Porque en la pequeña escala de una lámina ni caben tantos detalles, ni la relación de proporciones permite diseñar una multitud preciosa de bordaduras delicadas, de foliajes transparentes, de innumerables y finísimos trabajos. Tendríamos que hacer una pintura infiel, desnuda y fría, sin el atavío, sin la opulencia que son su timbre admirable, su verdad, en una palabra.—Así como hay sentimientos que no puede expresar la lengua, hay primores artísticos que se escapan á los rasgos del pincel. Tan solo el lente fotográfico con esa potencia reproductiva, que copia el aire y la luz, pudiera abarcar el panorama multiforme y riquísimo de la admirable sillería coral.—En su defecto, nos limitaremos á dar en detalle un fragmento, para que por él pueda formarse idea de su valor, y figurar en la imaginación su conjunto magnífico y sorprendente.

(Concluirá.)

V. GARCIA ESCOBAR.

LA VELADA DE SAN JUAN.

A MI AMIGO I. G. AROSTEGUI.

Las lilas lloran su duelo
marchitas y deshojadas,
como el alma sin consuelo
que encuentra en la muerte el cielo
de sus venturas soñadas.

Ya el ruiseñor con la aurora
deja su canto sentido,
y mientras Febo colora
el verde que se evapora,
fabrica su oculto nido.

Ya pasó la primavera;
ya pasó con el rocío
que esmaltaba la pradera;
ya abrió la puerta el estío
de su abrasada carrera.

Adios, con Mayo, querida
generación de las flores;
¡dolorosa despedida
como la ilusión perdida
de venturosos amores!

En el valle sosegado,
con la tarde que declina,
se ve brillar el dorado
rayo de sol, olvidado
en la mas alta colina.

¿Pero qué dulces sonidos
el aire de la arboleda
lleva en ecos repetidos,
que el alma suspensa queda
de sus acentos perdidos?

Son niñas de quince abríles
como su inocencia hermosas,
que con cantos infantiles,
al son de los tambores
vienen recogiendo rosas.

Pues al rayar la alborada
la tradición asegura
que el agua fresca y rosada
tiene virtud señalada
para aumentar la hermosura.

La luna pálida y triste
dando vida á sus reflejos,
de plata los lagos viste,
y á cuanto en el cielo existe
sirven las fuentes de espejos.

Al resplandor de esa luna
del misterio encubridora,
salen á probar fortuna
los corazones sin una
reina, vasalla y señora.

Que la noche de san Juan
es el plazo encantador
en que las doncellas dan
su corazón á un galán
por un pedazo de amor.

Allí encienden una hoguera
entre ruido y algazara,
cuando ninguno lo espera,
y corren á la pradera
coloradita la cara.

Allá en lazos inocentes,
según exige la danza,
los amantes, indulgentes,
escuchan de sus parientes
la aguda y picante chanza.

Mas allá tiernos pastores
alegres giran en torno
de tortas de mil primores,
que aunque rústicas, mejores
no salen de ningún horno.

Y entre el bullicio del valle
los ancianos del concejo
recorren juntos la calle,
irguiendo el doblado tallo;
que nadie en tal noche es viejo.

Pues vuelve la juventud
á renacer fácilmente
si en el pasado hay virtud,
joya de tal magnitud
que siempre es joven y ardiente.

Y hay un mundo de memorias,
salpicado de venturas,
en sus ocultas historias,
lleno de hazañas y glorias
alegres, candidas, puras.

Aquel bullicio y placer
por sus nietos repartido
lo vienen á recoger,
diciendo: son nuestro ser,
que dichosos hemos sido.

¡Ay! la noche de san Juan
es un plazo encantador,
en que las doncellas dan
su corazón á un galán
por un pedazo de amor.

EDUARDO GASSET.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.